



Mientras olvido

Ilse Ivonne Erazo Mares*

Mirando por la ventana, no alcanzaba a ver más que un jardín verde, con pocas flores y un enorme muro que la separaba del mundo. Veía caminar a las enfermeras, vestidas de un immaculado blanco, con esa superioridad e indiferencia en la mirada que tanto asco les causaba cada vez que alguna de ellas le hablaba y con esa voz tan fingidamente aguda cada vez que le pedían que “por favor” tomara sus medicamentos; como si tuviera otra alternativa. También podía observar a otros pacientes caminado por el patio vestidos de un triste color beige, igual que ella. El sol brillaba demasiado esa mañana, sin embargo, el clima era triste, ¿era el clima o era ella la que estaba triste?

En unos minutos le esperaba otra terapia de electrochoques o “terapia electroconvulsiva” como la llamaban los médicos. Era el tratamiento más novedoso, y más costoso para tratar los trastornos mentales. ¿Llevaba seis o veinte descargas? Ya no recordaba. No estaba ni siquiera segura del tiempo que llevaba encerrada, incluso empezaba a olvidar por qué estaba ahí.

Solo era capaz de recordar que algo dolía en su interior, pero no sabía lo que era, solo sabía que era algo más allá de su cuerpo. Hacia varios años que el dolor la invadía, había días que le impedía salir de la cama y cuando lograba levantarse cada movimiento era una tortura que le recorría desde la punta de los pies hasta el cuero cabelludo. “No es algo normal” le decían, pero nadie era capaz de decirle qué le ocurría, y nadie podía hacer que el dolor parara. Junto a ese eterno dolor también estaba una jaqueca que diariamente la acompañaba; aun sentía esa molestia, pero no podía distinguir si era un dolor nuevo causado por las descargas o era ese viejo dolor que la venía acompañado desde hacía tanto.

* **Egresada de Licenciatura en Filosofía en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

Escuchó pasos cerca de su puerta, era la enfermera que venía por ella. La siempre sonriente enfermera Jiménez, la encargada de llevarla a la sala de terapias. Cómo odiaba esa sonrisa forzada pintada con labial rojo barato que manchaba sus dientes y la hacía todavía más desagradable. Mientras la ayudaba a sentarse en la innecesaria silla de ruedas, podía percibir su perfume que olía a flores muertas y le provocaba náuseas; siempre le daba la misma explicación: “todos los pacientes que van al quirófano necesitan ser ingresados en silla de ruedas”. No importa cuantas veces lo repitiera, siempre lo hacía con el mismo tono bien estudiado de falsa amabilidad, con un marcado desprecio que era imposible no notar.

Al igual que la enfermera Jiménez, la mayoría de las enfermeras no querían estar ahí, todas soñaban con trabajar en hospitales de renombre con médicos famosos y con otra clase de enfermos. Trabajar en un manicomio era algo bajo para ellas, algunas llegaron a ese lugar como última opción, otras creyendo que en poco tiempo encontrarían un mejor puesto en otro hospital, sin embargo, muchas de ellas llevaban años trabajando ahí y no veían posibilidad de irse a otro lado. Cuando recién llegaban al hospital lo único que podían sentir era miedo, pues escuchaban historias sobre los locos que les provocaban pesadillas durante las noches previas; pero con el paso del tiempo el miedo se fue convirtiendo en desprecio. Desprecio por aquellos locos ingobernables, que no hacían caso y que tenían constantes ataques y cuya fuerza eran incapaces de igualar; afortunadamente, para esos casos, estaban los camilleros, quienes tenían permitido usar la fuerza para calmar a los internos.

Mientras la enfermera la llevaba por el pasillo resultaba imposible no escuchar los gritos de otros pacientes. A cualquier otra persona esos gritos le hubieran provocado escalofríos, de lo desesperados y heridos que se escuchaban, como si a un enorme oso le hubieran disparado y este gritara y sollozara de dolor y de impotencia. Ella ya estaba acostumbrada a escucharlos, ya llevaba tiempo ahí, y el sonido ya no le provocaba nada. O eso era lo que ella quería creer, pero sí le provocaban algo y eso era envidia, ya que los gritos reflejaban fuerza y una voluntad que aún no se rendía, todo lo que ella ya había perdido.

Le resultaba casi imposible recordarse a sí misma con vitalidad y ganas de vivir, ¿había sido alguna vez así? No

A cualquier otra persona esos gritos le hubieran provocado escalofríos, de lo desesperados y heridos que se escuchaban, como si a un enorme oso le hubieran disparado y este gritara y sollozara de dolor y de impotencia.

podía recordarlo, cada día su vida fuera del hospital le resultaba más borrosa, más irreal y más lejana. Incluso ni siquiera recordaba su aspecto, no les permitían tener espejos. Lo único que podía observar era su cuerpo, cada vez más delgado, podía sentir sus costillas a través de la bata. Veía sus manos que parecían ir perdiendo cada vez más carne, quedando en puro hueso. Quiso tocar su cabello, pero se detuvo al recordar que su cabeza estaba rapada.

Hace unas semanas había ingresado una pequeña mujer con una larga y negra cabellera, gran sorpresa se llevaron las enfermeras al notar que estaba llena de piojos y que estos ya se habían esparcido entre los demás pacientes. Sin más miramientos raparon a todos los internos, la mayoría ni protestó, que más daba tener o no cabello ¿a quién le importaba? A ella le importaba, le gustaba su cabello oscuro y ondulado, le gustaba sentirlo cubrir su cuello mientras caía por su espalda, solía enrollarlo entre sus dedos cuando estaba ansiosa. Mientras veía caer su cabello al piso no protestó, pero soltó varias lagrimas silenciosas.

Un frenético grito le recordó que estaba atravesando el pasillo con su enfermera, ¿qué es lo que gritaban? No podía entender, eran balbuceos y ruidos guturales casi ininteligibles. Vio a los camilleros dirigirse a la habitación de la mujer que gritaba, en cuanto abrieron la puerta la mujer cambió esos ruidos extraños por un con continuo "¡mamaaaa!" que parecía parar cuando el aire se le acababa, pero pocos segundos después continuaba. Eso le hizo recordar, que ella también tenía una mamá, y un papá y dos o tres hermanos. ¿Dónde estaban ahora? No recordaba haberlos visto en ese lugar. Las visitas no estaban prohibidas, había visto a otras personas visitar a sus pacientes, les traían flores o dulces. ¿Por qué a ella no la visitaban? ¿se habían olvidado de ella? ¿o su vergüenza era tan grande que les impedía ir al manicomio a verla? Cualquiera de estas opciones resultaba dolorosa.

Llegaban a la sala preparatoria, ya sabía lo que seguía, la subirían a una camilla y la enfermera masacraría su brazo en busca de una "vena buena" donde insertar la aguja. Ella solo se dejaba llevar, no servía de nada poner resistencia y ya no tenía fuerzas para hacerlo. Tenía mucho frío, quería pedir una sábana, pero sabía que, aunque pudiera lograr articular una palabra las enfermeras la ignorarían, siempre era así. Ellas charlaban entre sí mientras la preparaban, a veces hablaban sobre algún doctor con quien

solían encontrarse a escondidas de su esposa o hablaban de salir al cine o de gastar su quincena en vestidos nuevos. ¿A ella le gustaba el cine? No estaba segura, ¿había tenido vestidos? Vagamente recordaba un armario lleno de ropa, aunque no recordaba de qué color era, estaba tan acostumbrada al beige de su bata que en su imaginación era el único color que podía ver.

Ya estaban en el quirófano, un médico le decía que en pocos minutos la anestesia le haría efecto. No quería dormir, quería sentir los choques eléctricos recorriendo su cabeza y extenderse por todo el cuerpo. Casi lo podía ver, la electricidad recorriéndola y quemando todo a su paso, quemando todo lo que ella era, lo que fue y no podría ser. Quería mantenerse despierta, pero los ojos se le cerraban, trataba de abrirlos, pero los parpados se ponían más y más pesados. No tenía caso resistirse, así que dejó que el sueño se apoderara de ella para que los médicos pudieran “arreglarla”.